

mas verdadero lazo de la existencia social. De este hecho, comprobado en climas tan diferentes y en épocas tan apartadas, se desprende una grave enseñanza. ¡Pueblos de la Europa moderna, Francia sobre todo, comprendedlo! Una nacion que despues de haber desconocido la autoridad de Dios y la del Príncipe, desconoce aun la autoridad paternal, que la ultraja en sus leyes, que la insulta en sus teatros, que halla circunstancias atenuantes en el parricidio, es una nacion que solo debe aguardar su última hora: le faltan todas las condiciones de vitalidad. Si no se apresura á recobrarlas, perecerá. *Padre y madre honrarás, á fin de que vivas larga vida.* Esta es para pueblos é individuos una ley no menos inflexible que la que condena la tierra á las tinieblas cuando falta el sol. A pesar de su exageracion, el poder paternal es, pues, la áncora de salvacion para el Celeste Imperio; y si no fuese supersticioso, mereceria bajo mas de un concepto sinceros elogios. Los siguientes detalles, que le dan á conocer en sus cualidades y en sus vicios, nos pondrán en estado de juzgarlo.

Entre los deberes impuestos por la naturaleza, el que ejerce mas imperio entre los chinos es el respeto á los padres. El padre es á los ojos del hijo como un dios doméstico; no solo obedece con puntualidad sus órdenes, sino que venera hasta sus caprichos. ¿Disipa sus bienes? Se callan sobre sus prodigalidades. ¿Plácele en su ancianidad contraer segundas nupcias mientras vive la primera? Se recibirá la nueva esposa en la familia como una segunda madre. ¿Quiere castigar á sus hijos injustamente? Ellos se apresurarán á ir por el látigo. «Mi padre lo quiere;» esta palabra es sagrada para un hijo; y por severa que sea la voluntad paternal, la cumple constantemente con la mayor fidelidad. ¿Es preciso morir? Obedecerá también. Los padres tienen en la China el derecho de muerte sobre los hijos que les disgustan, y mas de una vez hemos presenciado ejecuciones tan irritantes.

Esta veneracion á los padres no termina con su vida. Los chinos levantan habitualmente en sus propiedades los monumentos funerarios; es cierto que se empobrecen de esta suerte, y que todo el espacio reservado para las inhumaciones en sus dominios se roba al cultivo; pero sin embargo se prefiere disminuir la extension de los campos á sepultar en tierra extraña los restos de sus abuelos. Estas tumbas son objeto de un culto religioso. En ciertas

épocas del año los padres se hacen llevar allí en un palanquin negro; despues presentan innumerables ofrendas á los manes de los difuntos, que se evocan y se tratan como si aun viviesen. Todo sepulcro consagrado por estas ceremonias es inviolable; cortar uno solo de los árboles que le protegen sería un crimen; y si se denunciase á los mandarines el profanador, se le castigaria al menos con fuertes multas <sup>1</sup>.

Dejemos ahora la China en donde hemos recogido una tan rica cosecha de saludables instrucciones y encontrado poderosos motivos de reconocimiento al Cristianismo. Apresuremos con nuestros votos, con todos nuestros esfuerzos el dia en que el divino Sol lucirá sobre esa infortunada tierra. Recordemos estas solemnes palabras pronunciadas no ha mucho por uno de nuestros apóstoles: «Para convertir ese inmenso reino, decia, sería preciso un «Constantino.» Esperemos que la oracion podrá obtenerlo.

## CAPÍTULO XI.

### *Historia de la Familia en Asia. — Corea, Japon.*

Hémos aquí en marcha hácia esa lejana region, cuyas temibles puertas osaron franquear á últimos del pasado siglo los intrépidos apóstoles de la fe. Ellos la rociaron con su sangre, y su sangre se convirtió, como en los primeros dias de la Iglesia, en semilla de cristianos. El violento soplo de la tempestad derribó una buena parte de los tiernos árboles, pero quedaron las raíces. Algunos retoños han producido árboles nuevos, y nuestros *celestes* jardineros han partido para ir á cultivarlos. Los pocos detalles que poseemos acerca de esta playa inhospitalaria los debemos á sus cartas.

La Corea, vecina y tributaria de la China, fue como el Celeste Imperio subyugada por los tártaros, y sufrió tambien mas tarde la invasion de los japoneses, que la impusieron un tributo anual de treinta pieles de hombres. Esclava, en fin, de la idolatría, viene á añadir por sus costumbres negros colores al cuadro fiel que de la familia en Oriente hemos trazado. La poligamia, el divorcio, el concubinaje, la esclavitud y la incapacidad de la mujer para poseer, el abandono de los enfermos, hé aquí algunos de los caracte-

<sup>1</sup> *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 88, pág. 229 y sig. año 1843.

téres de la sociedad doméstica en Corea. ¡Tan cierto es que no hay un rincón de la tierra, extraño á la influencia del Cristianismo, que no esté deshonrado por una multitud de crímenes y crueldades!<sup>1</sup>

Pero, ¡oh poder eternamente maravilloso del Evangelio! Apenas se depusieron algunos granos de la divina semilla en esa tierra fecunda solo en espinas y zarzales, que cubrió los campos una preciosa cosecha. Sazonadas con prontitud, ricas espigas doblan su dorada cabeza, y allí, como en la Oceania, abundantes gavillas son colocadas por los misioneros católicos en los graneros del Padre de familia. Si; para confusión de los incrédulos de Europa, que salmodian himnos de muerte contra el Catolicismo, es cierto que la Religión hace hoy de esos coreos, enervados por las mas vergonzosas pasiones y embrutecidos por un despotismo secular, héroes dignos de la admiración de los Ángeles y de los hombres.

Constitucion de la familia, verdadera autoridad paternal, piedad filial, virginidad, todo se ha creado como por encanto; y esta nueva sociedad, sacada de la masa corrompida que la rodea, se muestra á los ojos del antiguo mundo, noble, pura, heroica, como la sociedad de las catacumbas á las asombradas miradas de la gran Roma. La narracion que vamos á transcribir es menos una historia que un himno de gloria en favor del Cristianismo.

Hace cinco años, un obispo y dos sacerdotes consiguieron entrar en Corea. Á su voz se desarrollaron los gérmenes del Cristianismo depuestos en esa tierra á fines del último siglo. A pesar de todas las precauciones, se descubrió la presencia de los misioneros, y se buscó y obtuvo su cabeza. Los jóvenes cristianos se midieron en un gigantesco combate contra la vieja sociedad pagana. Ella ha vencido; pero como en otro tiempo en los anfiteatros de Roma, muriendo con gloria. Para hacer mas brillante el milagro, las heroínas de la lucha han sido dos jóvenes, dignas émulas de las Eulalias, de las Inés y de las Ágatas.

En 7 de abril de 1839 se hicieron muchas prisiones de cristianos, de los cuales la mayor parte eran jóvenes. Dos de ellos, de doce años apenas, con la hermana de uno de ellos de edad de

<sup>1</sup> Cartas de los misioneros en Corea, en las *Grandes Lettres édifiantes*. Descripción del reino de Corea en Charlevoix. (*Hist. del Japon*, t. I, pág. 627 y siguientes).

quince años, comparecieron ante el mandarin, y transformados los tres en héroes por la gracia, permanecieron impassibles. Ni las caricias, ni los crueles suplicios, nada pudo hacerles apostatar. Fueron trasladados con sus padres á la cárcel mayor. Electrizados por el heroismo de esos niños, muchos cristianos, y entre ellos dos jóvenes vírgenes, Ágata y Lucía, fueron á presentarse al pretorio, declararon abiertamente que querian morir por su religion, y fueron al punto presas. Pocos dias despues se separó á esos niños de sus padres. Los jueces querian quitar á su inexperiencia todo consejo, y á su flaqueza todo apoyo. Pero la gracia les sostuvo. En vano iban los mandarines á decirles falsamente que sus padres habian obtenido la libertad por medio de la apostasia: «Que hayan abjurado ó no, es cosa en que no debemos meternos, contestaban; respecto á nosotros, ¡ah! no podemos renegar el Dios á quien desde nuestra infancia servimos.» Se habian agotado las caricias; las intrigas eran inútiles. Como siempre, los tiranos recurrieron á los suplicios. Ágata y Lucía comparecieron de nuevo ante los jueces. Se las tendió en el suelo, y les rompieron las piernas. ¡En medio de tan horribles tormentos, no cesaron de invocar con ardor y suavidad el dulce nombre de Jesús y María! El mandarin mismo admiró su inalterable paciencia. Al dia siguiente se hallaron milagrosamente curadas.

La persecucion siguió su curso. El 3 de mayo prendieron á dos hermanas de un ferviente cristiano que se habia fugado. Una de ellas era de edad de veinte y cuatro años, y la otra, que se llamaba Columba, de veinte y seis. Se las condujo al director de la policia que no escaseó exhortaciones ni promesas para decidir las á la apostasia. Pero nada alcanzaron. Habiéndoselas preguntado, por qué á su edad no habian elegido aun esposo, Columba contestó con noble sencillez, que á los ojos de los Cristianos la virginidad era un estado mas perfecto, y que lo habian abrazado para hacerse mas agradables á Dios. Tan asombrado el mandarin de una tan bella virtud, como incapaz de comprenderla, las mandó dar de palos en las espaldas, los codos y las piernas. Por cinco veces les hizo pegar en las piernas: los huesos se doblaban, pero no se rompian. En medio de su suplicio, las dos jóvenes estaban como sumergidas en una celeste alegría; no daban gritos ni suspiros: ni siquiera pronunciaban en alta voz, como otros confeso-

res, los dulces nombres de Jesús y María: rogaban en silencio, y conversaban interiormente con nuestro divino Salvador. Atribuyendo el juez á algun encanto tan admirable constancia, les hizo escribir sobre la espina dorsal los caractéres antimágicos; despues se les pegó por órden suya trece golpes con barras enrojadas al fuego. A pesar de esto permanecieron impasibles. Entonces ordenó el mandarin á los satélites que se las echara á la cárcel de los criminales, y que se las entregase á todos sus insultos. Pero el celesté Esposo de las almas vino á su socorro: las cubrió con su gracia como con un escudo, y las animó de repente con poder tan sobrehumano, que cada una de ellas era mas fuerte que diez hombres. Las vírgenes de Jesucristo, nuevas Inés, nuevas Bibianas, permanecieron así durante dos días, en medio de los mas insignes malhechores, quienes subyugados por el ascendiente de la virtud, y rindiendo por fin homenaje al heroismo de las dos cautivas, las condujeron en triunfo á la cárcel de las mujeres.

Á estas gloriosas victorias sucedió muy pronto la última. El cielo se abrió y recibió cien mártires dignos en todo de los que, los primeros, siguieron las sangrientas huellas del que murió en el Calvario. «La sangre de tantos mártires, añade uno de nuestros apóstoles, no habrá corrido en vano; será para esta jóven tierra lo que fue para nuestra vieja Europa, semilla de nuevos fieles. ¿No es acaso la voluntad divina, la que movida de las oraciones de nuestros venerables Mártires, inclinados ante el trono de la gloria, ha encontrado en esas inhospitalarias playas dos misioneros prestos á volar á su socorro, á pesar de los peligros de todo género? Pronto pasaremos tambien, disfrazados de pobres mercaderes, esa tan terrible barrera de la primera aduana coreana. Nosotros iremos á consolar ese acongojado rebaño, á enjugar sus lágrimas, curar sus llagas, y reparar, en cuanto nos sea dado, los males sin número de la persecucion... Y si nuestra sangre es necesaria para su salvacion, Dios nos dará valor para inclinar nuestra cabeza bajo la hacha del verdugo<sup>1</sup>.»

Es probable que al escribir estas líneas se ha intentado ya ese terrible paso. Pronto sabremos quizás nuevos combates y nuevas victorias. El cristiano de Europa tendrá nuevas pruebas de su fe, y la tierra coreana nuevas prendas de civilizacion. Mientras que

<sup>1</sup> *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 93, pág. 160 y sig.

el Evangelio dará así un paso mas en su pronosticado curso al rededor del mundo prosigamos nosotros el nuestro.

Un brazo de mar de cerca de treinta leguas de longitud nos separa del Japon: natural es, pues, que nos embarquemos para ese nuevo imperio. Así como se ve durante una noche oscura cruzar el horizonte un brillante metéoro, deslumbrar con su vivo resplandor al admirado viajero, y desaparecer dejando sumida la tierra en las mas profundas tinieblas; así tambien veis en la historia del Japon á fines del siglo XVI disipar la luz del Cristianismo á las sombras de la idolatria que envuelve ese vasto imperio. Un gran brillo hierde vuestros ojos. Contemplais por un momento el bello espectáculo de virtudes las mas heroicas; despues se extingue la luz, y sobreviene de nuevo la noche; las fieras salen otra vez de sus guaridas: el Japon ha recaído en los sangrientos horrores de la idolatria.

Cuando el san Pablo de los tiempos modernos, Francisco Javier, llegó á las temibles costas de esa apartada region, llevando en sus manos la llama sagrada, que en castigo de su orgullo Dios arrebató á los pueblos del Norte de Europa; cuando sus émulos, los misioneros, siguieron sus gloriosas huellas; cuando, en fin, los viajeros europeos llegaron al suelo japonés, hallaron, dicen, un pueblo dotado de bellas cualidades físicas é intelectuales. La facilidad de comprender, el deseo de saber, la nobleza de carácter, una civilizacion material avanzada, parecian anunciar costumbres domésticas menos bárbaras que entre sus vecinos. Veamos, sin embargo, lo que la sabiduria humana habia hecho sin el Cristianismo en un pueblo tan bien dotado.

El eterno despotismo del ser fuerte, por consiguiente el envejecimiento y la opresion del ser débil, dominaban tambien en el Japon como en todas las naciones idólatras. Basta decir esto para comprender que los caractéres primordiales de la familia habian desaparecido de su constitucion. El padre era un déspota, y debia serlo, porque su religion así lo ordenaba. «Á los ojos del japonés, dice el P. Charlevoix, la mujer es un ser impuro que está excluido del cielo. Lo que contribuye á mantener en el pueblo la veneracion que tiene á los bonzos (sacerdotes), es el gran crédito en que se les supone con los dioses. Para halagar todas las pasiones, venden á los avaros letras de cambio, que deben, les dicen, ser pagadas al contado con un diez por ciento de be-

«neficio en el otro mundo. Pocas personas quieren morir sin tener alguna en la mano, y se les quema ó entierra con ellas... Muy desgraciados son los pobres, cuya condicion, si se cree á esos sectadores, está maldita, y que no tienen con qué redimir esa maldicion, como las mujeres ricas, que á fuerza de presentes á los dioses y á sus ministros pueden salvarse, á pesar de la maldicion que se ha lanzado contra su sexo. Indignas, segun los bonzos, de las alegrías de la otra vida, son tambien, segun las leyes, incapaces de poseer. Por ricos que sean sus padres, nada llevan en dote cuando se casan sino lo que llevan encima<sup>1</sup>.»

La suerte de la familia y de la mujer depende de la opinion que se tiene de esta; se la vende públicamente como una mercancía. La poligamia sin límites emponzoña su existencia con los tormentos de los celos<sup>2</sup>. No solo no comprende el japonés la alta moralidad del matrimonio, sino que lo tiene en tan poca estima que ni siquiera se cuida de contraerlo en regla. El emperador en su dominio, los reyes ó príncipes en sus Estados, son los que arreglan los matrimonios de todos sus cortesanos. Tampoco se consultan mucho mas las inclinaciones en los casamientos del pueblo: se casan sin conocerse; son los padres los que lo arreglan. Es cierto que si los esposos no se conforman, pueden separarse. En esto al menos la libertal es igual para ambas partes; pero las mujeres usan de ella con menos frecuencia que los hombres<sup>3</sup>.

Sin embargo, esta reciproca libertad no dura por mucho tiempo. La mujer tiene un privilegio de opresion. La ley, que castiga de muerte la esposa infiel, se calla respecto al marido culpable del mismo crimen. No solo es castigado de muerte el adulterio en las mujeres, sino que á veces una ligera libertad les cuesta la vida. Nada iguala á la opresion en que se las tiene, como no sea su modestia y fidelidad. Vense algunas dejarse morir de hambre, por no haberse podido dar de otra suerte la muerte para seguir á su esposo á la tumba<sup>4</sup>. Esclava tímida, si este sacrificio no fuese un crimen, seria tanto mas meritorio, cuanto que es mal recompensado. El marido japonés tiene derecho de vida y muerte sobre su

<sup>1</sup> *Historia del Japon*, t. I, lib. preliminar. c. 15, pág. 134; c. 9, pág. 86.

<sup>2</sup> Koempfer, *Viaje al Japon*, pág. 89.

<sup>3</sup> Charlevoix, t. I, lib. preliminar. c. 9, pág. 84.

<sup>4</sup> *Ibid.* pág. 85.

mujer, como el señor sobre su esclavo; el padre sobre su hijo.

Es, pues, una verdad evidente, y por la veintena vez hacemos quizás la misma observacion en este libro, que fuera del Cristianismo el hombre es siempre el mismo. Lo que seria extraño, que no fuese en el Japon lo que es en todas partes. Pero no; allá, como por do quiera, el ser fuerte es una bestia feroz, un tirano cruel que no se abstiene de la opresion, de la injusticia, ni de la muerte, cuando el interés de sus pasiones reclama semejantes iniquidades. El japonés condena sus hijos á muerte sin inmutarse y sin cesar por esto de parecer padre. Hay tantos ejemplos de ello, que no llaman ya la atencion<sup>1</sup>. Si este poder homicida alcanza al adulto, con mayor razon pesa sobre el recién nacido. «Una cosa sorprende, dice el P. Charlevoix, en un país tan civilizado y en hombres en quienes la naturaleza reclama tan alto todos sus derechos; el uso que permite exponer y ahogar á los hijos que sus padres no se hallan en estado de educar; pero como no hay vicio que no se trate de erigir en virtud, los japoneses creen hacer un acto de humanidad librando á esos desgraciados de una carga que no podrian soportar<sup>2</sup>.» A la exposicion y á la muerte se añade la venta de los hijos. Ella se verifica cuando la pobreza impide educarlos. La vida de los que nacen con algun defecto corporal depende de la voluntad de su padre. El aborto es muy comun, y se dice que los bonzos comercian con la venta de los brebajes que lo ocasionan<sup>3</sup>.

La desaparicion de los caracteres primordiales de la familia, la unidad, la indisolubilidad, la santidad; el olvido de las mas santas leyes de la naturaleza, demostrado por la muerte, exposicion, y venta de los hijos; la esclavitud y el oprobio de la mujer; tal era el estado en que el Cristianismo ha encontrado á la familia japonesa. ¡Ay! Es la degradacion eterna que por do quiera ha hallado. Pero en el Japon, como en todas partes, el Cristianismo obró la maravillosa resurreccion de Lázaro.

Mientras que el Protestantismo europeo, sentado sobre los restos de los altares católicos, protegido por el escudo de los Reyes, la espada en una mano, en otra la tea incendiaria, y los piés en

<sup>1</sup> Koempfer, *Viaje al Japon*, pág. 89.

<sup>2</sup> Charlevoix, t. I, lib. preliminar. c. 9, pág. 85.

<sup>3</sup> Golownim's *Recollections of Japon*, pág. 93, 97 y 222.

la sangre, cantaba, en la embriaguez de su pretendido triunfo, el himno fúnebre á la Iglesia romana, esta Iglesia probaba por brillantes prodigios su admirable vigor y su divina inmortalidad. Á la potente voz de san Francisco Javier y de sus sucesores, el Japon, muerto desde tantos siglos, se conmueve en su tumba, y sacude la mortaja de la idolatría. Se levanta, marcha, y corre con todo el ardor de la juventud por la difícil senda de una perfeccion sublimè. Al orgullo, al odio, á la inmoralidad, hijas del despotismo y del sensualismo, han sucedido la mas fraternal caridad y la pureza de los Ángeles. Se restablece sobre sus verdaderas bases la constitucion de la familia: la ternura maternal de los esposos, la piedad filial, perfeccionadas por la gracia, toman las sobrenaturales proporciones de bondad, de dulzura, de caridad, que hemos visto brillar en los primitivos tiempos de la Iglesia; en una palabra, todos los milagros de los tiempos heróicos de la fe reaparecen á los asombrados ojos de los misioneros. «Jamás, dice Charlevoix, hubo sorpresa igual á la que experimentaron los nuevos obreros, cuando vieron los tesoros de gracia con que Dios habia favorecido á esos nuevos cristianos. Veian cortesanos que regenerados apenas por el Bautismo, nada conservaban ya de ese orgullo tan natural á los nobles del Japon, y parecian no tener otra ambicion que la de rebajarse al nivel de los mas pobres. Los religiosos mas ascéticos no están menos sujetos por la influencia de sus parientes, de lo que lo estaban esos neófitos por la de sus padres, con quienes no querian tener otras relaciones que las exigidas por la caridad y el bien parecer. Los bienes eran en cierto modo comunes, y los ricos no se consideraban sino como los ecónomos de los pobres. Pero lo que sobre todo probaba cuán poseidos estaban de la idea cristiana, es que se admiraba en ellos una union, una paz, una previsora caridad, que encantaba hasta á los mismos infieles <sup>1</sup>.»

Ese maravilloso cambio no se ceñia á una ciudad ó provincia, sino que abrazaba todo el Japon. Mientras que el error divide á los hombres, á las familias y á los pueblos, la verdad los une; y esta no es la menor prueba de la divinidad de la Iglesia católica. Lo que contribuia mas á aumentar el primitivo fervor, era la estrecha union que reinaba, no solo entre los miembros de cada

<sup>1</sup> Charlevoix, t. I, lib. II, pág. 234.

iglesia, sino tambien entre todas las iglesias. De ahí nacia una santa emulacion, cuyos frutos se hacian de cada dia mas sensibles. Se escribian mutuamente para consolarse en las persecuciones que sufrían, para animarse en la santidad, para exhortarse á la perseverancia, y para comunicarse cuanto ocurriese de mas edificante en cada una de ellas. Así podia decirse de los fieles del Japon lo que san Lucas dice de los primeros cristianos, que no tenían mas que un corazon y una alma <sup>1</sup>.

Nada mas interesante que las pruebas que se daban de caridad, y nada tampoco mas propio para manifestar la perpetuidad del espíritu católico. No llegaba un cristiano de otra iglesia, que no se enviase á alguién á recibirlo. Siempre era la iglesia el primer lugar á que se le conducia. El único apuro de esos forasteros era el de determinarse entre las muchas personas que deseaban llevárselos á su casa <sup>2</sup>. La caridad de los fieles del Japon se extendia, como la de los primeros cristianos, hasta á los mismos infieles. Se fundaron dos hospitales, uno para recoger los niños expósitos, otro para curar los leprosos, cuyo número era bastante considerable, y se les dejaba completamente abandonados <sup>3</sup>.

Peró así como el fuego agitado por el viento lanza hácia el cielo llamas mas brillantes y mas vivas, así tambien las virtudes heróicas, de que los japoneses eran deudores al Cristianismo, nunca brillaron mas puras que en los dias de persecucion. Detengámos un momento nuestras miradas sobre el espectáculo de un pueblo entero que se prepara á la muerte, como en otras partes se preparan á una boda. Contemplemos esos millares de Mártires de toda clase, de todo sexo y de toda edad, mostrando, en la sangrienta cruz en que son clavados, la noble serenidad del triunfador sentado sobre su carro. ¿Puede haber para vosotros, letárgicos cristianos de Europa cuya fe va extinguiéndose, aguijon mas eficaz? Y vosotros que habeis dejado de creer en el Cristianismo, ¿no lo teneis por una brillante prueba de su divinidad? Dejemos para otros mas afortunados el contar en volúmenes enteros hechos que nosotros no podemos hacer mas que indicar.

Cuando sonó la hora de la persecucion, hubiérais visto á todos

<sup>1</sup> Charlevoix, t. I, lib. II, pág. 265.

<sup>2</sup> Ibid. pág. 267.

<sup>3</sup> Ibid. pag. 225.

esos nuevos cristianos, nacidos de ayer, convertirse de súbito en héroes parecidos á los que llama la Escritura el Leon de la tribu de Judá, y el Cordero de Dios. Algunos rasgos darán á conocer su semejanza.

## CAPÍTULO XII.

*Continuacion del precedente. — Japon.*

Un noble rico y poderoso, bautizado desde poco tiempo, hizo publicar en sus dominios que castigaria severamente al que siendo interrogado si era cristiano, ocultase la verdad. Otro, sabiendo que no se atrevían á ir á su casa á apoderarse de su persona, fué á presentarse sin séquito al gobernador de Meaco, llevando de la mano un niño de diez años, y su mujer una tierna niña en brazos. Un pariente de Tayco-Sama, á quien este Príncipe habia dado tres reinos, fué á encerrarse en la cárcel de los misioneros para no perder la ocasion de morir con ellos. Se halló un dia á la reina de Tango, célebre por su conversion y sufrimientos, trabajando ella y sus hijas en hacerse magníficos trajes para presentarse con mas pompa el dia de su triunfo, como ellas lo llamaban.

Por do quiera se hallaban gentes de todas las clases de la sociedad, ocupadas en no dejar pasar el momento favorable de confesar á Jesucristo delante de los oficiales del Emperador. Las mujeres de alta clase se reunian en las casas en que creian que podian ser mas fácilmente descubiertas, y hubo en Meaco una jóven señora que pidió á sus compañeras que si la viesen temblar, la arrastrasen por fuerza al lugar del suplicio. En una palabra, la gran ocupacion de los fieles era la de procurarse medios para obtener el martirio. Con frecuencia, la sola vista de la alegría con que se preparaban á la muerte inspiraba los mismos sentimientos y el mismo ardor en aquellos en quienes la gracia no habia obrado aun con toda su fuerza. Citarémos solo un ejemplo, que servirá para conocer en qué admirable disposicion se hallaban entonces todos los Cristianos.

Un señor de Bungo, llamado Andrés, sabiendo que se formaba la lista de los Mártires, manifestó suma alegría. Dijo públicamente que no se le podia disputar la honra de ser inscrito en ella. Se hizo

lo que deseaba, y trabajó en seguida para procurar la misma felicidad á toda su familia. Vivía aun su padre, que tenia ochenta años de edad, y que solo llevaba seis meses de bautismo. Temió que este anciano, que en una tan avanzada edad conservaba aun todo el vigor de la juventud, y que habia pasado toda su vida por uno de los mas bravos guerreros del Japon, no hubiese conocido aun la verdadera grandeza de la dulzura y la humildad cristiana. Creyó, pues, que lo mas prudente era determinarle á retirarse á alguna casa de campo, á donde seguramente no irían á buscarle.

Va á verle, y le pregunta si está bien persuadido de que nada podia haber mas glorioso para un cristiano que morir por su Dios: «Sí, hijo mio, lo sé; y si es bello morir por su príncipe, con mayor razon lo es morir por su Dios, y por un Dios que ha dado toda su sangre por nosotros. — Pero, padre mio, repuso Andrés, hay en esto una diferencia que acaso vos no conozcais aun: cuando se muere por Dios, es preciso recibir la muerte sin defenderse. — ¡Sin defenderse, contestó montado en cólera el anciano, y dejarse matar como un cobarde! Hijo mio, anda á inculcar estas máximas á otros. Quiero defenderme y defender á los Padres que nos han instruido. Y tira del sable, y teniéndolo en la mano: «Vamos, dijo, á casa de nuestros amigos; si se acercan los soldados, derribaré seis ú ocho á mis piés, y si sucumbo combatiendo por la buena causa, enhorabuena, seré mártir. — Padre mio, replicó Andrés, no es este el espíritu del Cristianismo. «Creedme, no hay necesidad de presentarse á la muerte; á veces la prudencia exige evitarla, y el Salvador lo ha recomendado así á sus discípulos. Tengo un hijo demasiado jóven; retiraos con ese niño, única esperanza de nuestra raza. Yo me quedaré con los Padres, y moriré en su compañía. — ¿Cómo, contestó el anciano, cómo te atreves á hacerme semejante proposicion? ¡Bello sería verme temer la muerte á mi edad, despues de haberla arrostrado tantas veces en los combates! No, no, no huiré. Se me hallará en guardia, y cortaré la cabeza á los primeros que se dirijan contra los Padres y contra mí; y si muero cumpliendo con mi deber de hombre de honor y cristiano, lo repito, seré mártir voluntariamente, pero como conviene serlo.»

Entra lleno de emocion á la habitacion de su nuera y la encuentra ocupada en hacerse trajes decentes. Ve al mismo tiempo á los